

Segunda Charla Cuaresmal:

María, la Amada de Dios

Desde el desierto, seguimos a Jesús hacia la montaña, al Monte Tabor, donde se transfigura y donde escuchamos una voz del cielo que dice: «Este es mi Hijo, el Elegido, escuchadlo». Un eco de esa voz escuchamos en el saludo del Ángel a María (Como la Transfiguración, la Anunciación es la teofanía, la manifestación de Dios, a María): «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo». Repetimos estas palabras cuando rezamos el Avemaría, la oración más universal de la Iglesia después del Padre nuestro.

San Bernardo dice: «El saludarte, oh Virgen María, es un tierno beso para ti: cuantas veces eres saludada, otros tantos besos recibes de tus devotos...» No son piadosas exageraciones; se basa en la riqueza del Avemaría, contemplada a la luz del Espíritu Santo y palpada en la experiencia cristiana. El Avemaría es una revelación de los comienzos de nuestra Redención con la Encarnación del Hijo de Dios. El gran doctor de la Iglesia, santo Tomás de Aquino, decía «estar dispuesto a dar toda su ciencia teológica por el valor de una sola Avemaría».



En esta segunda charla cuaresmal, contemplamos a María, la amada de Dios, profundizando en las palabras del Avemaría para que cada vez que recemos esta sencilla oración regalemos a María, nuestra amada Madre, un beso...

AVE MARÍA

Ave parece una palabra insignificante, pero en realidad esconde la suprema manifestación de la alegría. Durante siglos la humanidad había suspirado por el liberador; todos los corazones palpitaban en secreto por Aquel que, al fin, había de devolver la paz a este mundo; los más ancestrales sueños y las más profundas esperanzas apuntaban en esta dirección. Y he aquí que ahora emerge definitivamente el Mesías. La incontenible alegría se desborda. El mensajero de Dios invita a María a asociarse a este acontecimiento de inusitada novedad y sorpresa. En lugar de decir simplemente «Ave», deberíamos proclamar: «¡Laetare!, ¡Alégrate!».

María es un nombre compuesto de dos raíces, una egipcia y otra hebrea. *Myr*, en egipcio significa «la amada»; *yam*, en hebreo, es una de las abreviaturas de *Yahvé* (*ya* o *yam*). María, o Miryám, significa, por tanto, «la amada de Yahvé», la amada de Dios. Esta derivación filológica es sumamente probable desde el punto de vista histórico, porque la primera María de que tenemos noticia es la hermana de Moisés y Aarón, que eran egipcios (Ex 15, 20).

Toda verdadera alegría tiene auténticos motivos de alegría. Nadie que sea normal se alegra a lo tonto. María es invitada a alegrarse por dos motivos. Primero, porque «has hallado gracia delante de Dios» el ángel le revela que está «llena de gracia». Y María está llena de gracia porque la gracia de Dios, el Espíritu Santo, «ha venido sobre ella y la ha cubierto con su sombra». María se convierte en templo vivo del Espíritu Santo, el cual tiene en ella una presencia real y personal verdaderamente única. En ella, Él actúa de un modo tan profundo que consigue elevar su capacidad maternal hasta el punto de ser verdaderamente la madre de Dios. En segundo lugar, porque «el Señor está contigo», es decir, que el Santo engendrado por María es el Hijo de Dios, Jesucristo. Dentro de María comienza a crecer el fruto del Espíritu Santo, que es el Dios-con-nosotros, el Verbo encarnado.

Pedimos a María el gozo de sentirnos amados por Dios, bendecidos por él, predestinados a ser sus hijos. Estamos llamados a abrirnos a la acción del Espíritu Santo para poder llegar, en nuestro destino final, a ser inmaculados, plena y definitivamente liberados del mal. Porque el destino de todos es "ser santos como nuestro Padre".

Llena eres de gracia

En el alma de María, hija de Sión, se ha manifestado en cierto sentido toda la gloria de su gracia, aquella con la que el Padre nos agració en el Amado. El mensajero saludó a María como llena de gracia; la llama así como si éste fuera su verdadero nombre (Redemptoris Mater, 8).

Si nos percatáramos de lo que significa que Dios nos ama y que para El todos somos importantes... María ya sabía esto. Sospechaba, sin embargo, que dentro de ella había como algo más. Su corazón le estaba diciendo cosas que Ella no acababa de entender. El Ángel de la Anunciación parecía querer darle la clave para que lo comprendiera. Aquello era una aparición. No, no era un sueño. Era una revelación: Ave, Salve, llena de gracia, es decir, colmada del favor de Dios, eres el encanto de Dios. No solamente Dios te quiere, sino Dios se ha prendado de Ti...

El ángel Gabriel se dirigió a María con el apelativo *kecharitomene*, que significa «agraciada», «encantadora». María es «la agraciada», es aquella mujer en la que se ha manifestado «la gloria de la gracia con la cual el Padre nos agració en el Amado» (Ef 1, 6). En el lenguaje bíblico, gracia es la actitud benévola, gratuita, encantadora de Dios hacia los hombres. Es, al mismo tiempo, una acción selectiva y electiva, movida únicamente por la inescrutable libertad de Dios (cf. Ex 33, 19). A quienes Dios elige concede su gracia, pero no como un privilegio, sino más bien como una mediación a través de la cual la gracia se volcará sobre el Pueblo, sobre el mundo entero. Dios Padre nos ha elegido gratuitamente, sin que lo hayamos merecido; y nos ha elegido para ser santos e inmaculados o íntegros en su presencia. Ser santos e íntegros presupone todo un itinerario vital. Por eso, la gracia de la elección es como un germen de santidad, como una fuente que brota del alma (RM, 8). Todo esto se dice de María: ha sido elegida en el Amado para ser santa e inmaculada. El Espíritu ha descendido sobre ella.

ORACIÓN: Padre nuestro, gracia permanente, que en tu Hijo amado nos agraciaste y llamaste para ser santos e inmaculados en tu presencia por el amor; haz que acojamos el don de tu Espíritu para que, como María, seamos en medio de este mundo testigos de la gloria de tu gracia. Por Jesucristo, nuestro Señor.

El Señor está contigo

La palabra del Dios viviente, anunciada a María por el ángel, se refería a ella misma «vas a concebir en el seno y vas a dar a luz un hijo» (Lc 1, 31). Acogiendo este anuncio, María se convertiría en la «Madre del Señor» y en ella se realizaría el misterio divino de la Encarnación. (RM. 8).

En la vida nos damos cuenta pronto de que necesitamos estar con alguien. Siempre, por otra parte, en nuestra vida hemos sentido la presencia de personas que han acompañado y cobijado nuestro corazón. ¿Cómo no recordar en estos momentos a nuestros padres, a los hermanos, a aquella amiga que no se separó de nosotros en los momentos difíciles, o la presencia de un sacerdote que curó las heridas de nuestro interior? Un alguien luminoso hace bien en la vida, es algo grande y precioso...

María estuvo siempre acompañada. Hay alguien con Ella desde la primera hora. Por eso desde el inicio de su vida es como una isla de luz. Cayó gozosamente en la cuenta de una manera singular cuando se lo reveló un ángel: El Señor está contigo. Esta presencia de Dios la empapó de tal manera que se hizo sustancia viva en su corazón. María se ha ocupado de innumerables cosas en la vida como todos los mortales; ha cuidado al niño, ha realizado las tareas de la casa, por las tardes se ha quedado en la puerta esperando a José, no ha olvidado de noche dar un fuerte beso al hijo a la hora del sueño. Pero María siempre estuvo en la presencia de Dios. Por eso no pecó nunca ni se extravió por los senderos del mundo. En todo cumplió la voluntad de Dios. Definitivamente aquel ángel tuvo motivos para invitarla a la alegría. Dios moró definitivamente en Ella. En nosotros tampoco puede faltar el regocijo. Dios está con nosotros y estará siempre todos los días de nuestra vida.

ORACIÓN: Padre nuestro, que colmaste todos nuestros anhelos al enviarnos a tu Hijo, como redentor; Padre de la fecundidad, que por medio de una mujer, la nueva Eva, engendraste a tu Hijo en nuestro tiempo; concédenos tu Espíritu para que, como María, acojamos a tu Hijo y enviado y para que creyendo en él seamos de verdad tus hijos y colaboremos en la transformación de nuestra historia. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Bendita tú eres...

Si después del anuncio del mensajero celestial, la Virgen de Nazaret es llamada también «bendita entre las mujeres» (Lc 1, 42), esto se explica por aquella bendición de la que Dios Padre nos ha colmado en los cielos, en Cristo (RM, 8).

María es proclamada «bendita entre todas las mujeres», la «benditísima». Así lo fueron, en el antiguo Testamento, Yael, la mujer de Jéber el quenita (Jc 5, 24), y Judit (Jdt 13, 18) por haber sido instrumentos de Dios para derrotar a poderosos enemigos. Isabel desea a María la bendición. La bendición desciende de Dios hacia el hombre. Por medio de ella, Dios le comunica la vida, los medios para sustentarla, como la comida y la bebida, y la capacidad de propagarla, como la fecundidad. María es bendita porque sobre ella ha descendido la misma fuerza de Dios, que hace posible que de ella nazca el Mesías, el bendito por excelencia, que viene en el nombre del Señor (Lc 19, 38). Dios ha bendecido el seno de María, haciéndolo prodigiosamente fecundo. María ha sido bendecida «con toda clase de bendiciones espirituales». Ha participado superabundantemente de esa bendición que ha sido prometida a todos los hombres. Pero en María se ha realizado de forma especial y excepcional (RM, 8). Ella es la benditísima entre las mujeres. Ella sola ha sido elegida como madre del Hijo de Dios, «madre del Señor» (Lc 1, 43).

ORACIÓN: Padre de quien procede toda bendición, bendito seas por haber derramado tu vida sobre tu humilde servidora, María; bendito seas, por sacarnos del dominio de las tinieblas y de la muerte por medio del fruto bendito del seno de María; que reconozcamos y vivamos tanta bendición que por medio de tu Espíritu nos regalas constantemente. Con María te engrandecemos y bendecimos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

*Un Acto de Amor esta segunda semana de Cuaresma
Regalamos un beso a María rezando el Avemaría
y sentiremos amados como hijos de Dios.*



*Dios te salve María, llena eres de gracia,
el Señor es contigo.*

*Bendita tú eres entre todas las mujeres, y
bendito es el fruto de tu vientre, Jesús.*

*Santa María, Madre de Dios, ruega por
nosotros, pecadores, ahora y en la hora de
nuestra muerte. Amén.*

El regalo de una madre...

En una Nochebuena fría en 1952, cuando Corea estaba en medio de la guerra civil, una mujer joven, en una calle del pueblo, estaba haciendo fuerza para dar a luz a su hijo. Rogaba a la gente: *"¡Ayúdame, por favor! Mi bebé"*. Nadie le prestó atención porque la gente sabía que el niño será bastardo de un soldado Americano.

Había oído hablar de un misionero que vivía cerca y pensó que podría ayudarla. A toda prisa, comenzó a caminar a esa localidad. ¡Ojalá la ayudase, a ella y al niño! Soportó escalofríos y dolor, mientras caminaba luchando con el frío del congelado campo. Pero la noche era demasiado fría. Comenzó a nevar. Al darse cuenta de que se acercaba el tiempo de dar a luz, se refugió debajo de un puente. Allí, solo, el bebé nació en la víspera de Navidad. Preocupada por su hijo recién nacido, se quitó su propia ropa, envolvió con ellas a su niño y lo abrazó en el cálido círculo de sus brazos.

Al día siguiente, el misionero tuvo que enfrentarse a la nieve para entregar los paquetes de Navidad. Mientras caminaba, oyó el llanto de un bebé. Siguió el sonido hasta un puente. Bajo el puente, se encontró con una joven madre congelada hasta la muerte, abrazada a su llanto hijo recién nacido, que lloraba. El misionero levantó en sus brazos con ternura al bebé de los brazos.

Cuando este cumplió 10 años de edad, su padre adoptivo le contó la historia de la muerte de su madre en la víspera de Navidad. El chico lloró, dándose cuenta el sacrificio que su madre había hecho por él. A la mañana siguiente, el misionero se levantó temprano y encontró la cama del chico vacía. Viendo pequeñas huellas en la nieve afuera, siguió el rastro. Lo llevó de nuevo al puente, donde la joven madre había muerto. Al acercarse, se detuvo, aturdido. De rodillas en la nieve, el hijo estaba desnudo, temblando incontrolablemente. Su ropa estaba a su lado en una pequeña pila. Cuando llegó junto al chico, le oyó decir mientras sus dientes castañeaban: *"Madre, ¿así era de frío cuando diste tu vida por mí?"*

Esa historia nos recuerda a otra madre y su hijo que tanto se sacrificaron. Una noche de invierno, Jesús salió de su casa, su gloria y el calor del cielo para nacer en un establo a un mundo distante. Justo antes de nacer, María, su madre, no era bienvenida en cualquiera de las acogedoras posadas en Belén. En su lugar, dio a luz a su bebé en la oscuridad de un establo frío. El creador del universo, estaba dispuesto a soportar este comienzo poco auspicioso para usted y para mí. Eso es amor incondicional.